



Vallejo y otras perversiones del éxito

Ana Carolina Quiñonez Salpietro

Artistas, intelectuales y estudiantes manifestaron por medio de columnas y comentarios en las redes sociales su rechazo al artículo que Diego de La Torre tituló "Vallejo, Ribeyro y Montaigne" (*El Comercio*, 13 de marzo del 2012) y en el que culpó a algunos de los escritores más representativos de las letras peruanas de influir negativamente en el subconsciente colectivo del país, introduciéndonos la fascinación por el estigma del perdedor a través de proyectos de lenguaje que traducen universos donde el desencanto adquiere un rol protagónico.

Diego de La Torre no se equivocó en reconocer que las obras de Vallejo y Ribeyro construyen miradas sobre el concepto de perdedor, pero patina cuando se muestra abiertamente militante de la cultura exitista que amenaza con extenderse por el país, a través de sus intolerantes miembros obnubilados por una idea del progreso ligado a la productividad y a todo lo que es pesable, medible y, por supuesto, exportable. El principal recurso de la fiebre exitista es la creación groseramente

maniquea de bandos, para despotricar abiertamente contra el otro, el que representa todos los obstáculos del camino al éxito.

En la literatura de Vallejo y Ribeyro el desencanto, contrario a lo que argumenta De la Torre, abre posibilidades y por ello es lucidez. En Vallejo ocurre algo poco usual, su compromiso con el marxismo no le resta individualidad. Su poesía es una expresión de individualidad, una manifestación artística de rebeldía al tiempo y a la muerte. De la Torre leyó mal a Vallejo y por ello lo asocia a la desesperación, pero la desesperación se identifica por ser empalagosa y exhibicionista y ninguna de ambas características se pueden reconocer en el autor de *Trilce*. El desencanto que propone Vallejo es crítico, reflexivo y, por ello, posee la inteligencia de los sobrevivientes de los que se miran a sí mismos y sobreviven a esa mirada. "Considerando también / que el hombre es en verdad un animal / y, no obstante, al voltear, me da con su tristeza en la cabeza", dice Vallejo y es imposible no creerle.